

COMEDIA UNIVERSITARIA | CONVOCATORIA 2021/22



# CAFÉ DE LOBOS

de Jorge Ricci

**UNL**

UNIVERSIDAD  
NACIONAL DEL LITORAL

SECRETARÍA DE  
EXTENSIÓN SOCIAL Y CULTURAL

*(La casa de los Cuervos. Un lugar alucinante en las afueras de una pequeña ciudad de la llanura argentina. Un ámbito estrafalario donde se entremezclan, de manera escatológica, pollos embalsamados, bolsas de maíz, mesas y sillas de bar y múltiples objetos teatrales. Todo el ambiente se haya iluminado por una tenue luz cenital que está en el centro de ese espacio solitario y oscuro. Bien al fondo y en el medio de la última pared, una puerta desvencijada. Sobre ella se descargan unos golpes nerviosos y se oyen voces excitadas y brumosas. Después de los golpes, se abre apenas la puerta y asoma la rubia cabeza del Ruso, un joven actor de provincia que mira hacia ambos lados y luego desaparece cerrando la puerta. Después de un breve silencio de desconcierto, se oye que el Ruso y su amigo Manteca, otro joven actor de provincia, dialogan acaloradamente detrás de la puerta).*

RUSO. –No contestan.

MANTECA. –Tranquilo.

RUSO. –No hay nadie.

MANTECA. –Paciencia.

RUSO. –Esta no es la Casa.

MANTECA. –Esta es la Casa de los Cuervos.

*(Nuevos golpes de los jóvenes actores. Luego se abre la puerta y asoma la cabeza morena de Manteca para mirar todo rápido y volver a desaparecer cerrando bruscamente. Retorna el diálogo acalorado tras la puerta cerrada).*

MANTECA. –Parece abandonada.

RUSO. –Tiene que estar.

MANTECA. –No parece.

RUSO. –Así nos dijeron.

MANTECA. –¿Y aquí ensaya?

RUSO. –Y elucubra sus historias.

MANTECA. –¿Y si es un poco más al norte?

RUSO. –Viene el río.

MANTECA. –¿Y un poco más al sur?

RUSO. –El monte.

*(Breve silencio. Nuevos golpes. Asoman los dos. Primero por debajo de la puerta, luego por arriba y finalmente por el medio hasta que se caen hacia delante, uno*

*sobre otro, como emparedados. Se incorporan y entran con cuidado, como en un templo).*

RUSO. -Permiso.

MANTECA. -¿Se puede?

RUSO. -Señor Gordo...

MANTECA. -Don Gordo...

*(Van hacia el centro del lugar y quedan bajo la luz cenital).*

MANTECA. -¿Ves algo?

RUSO. -No veo nada.

MANTECA. -¿Cómo nada?

RUSO. -Es que la luz me enceguece.

MANTECA. -¿Ves la luz?

RUSO. -Me enceguece.

MANTECA. -¿Quién?

RUSO. -La luz

*(Comienzan a mirar hacia los alrededores. Están abrazados, algo aterrados).*

MANTECA. -Está lleno de pollos.

RUSO. -Pollos muertos.

MANTECA. -Pollos quietos.

RUSO. -¿Esta es la Casa de los Cuervos?

MANTECA. -¡Es la Casa de los Cuervos!

RUSO. -Sin el Gordo.

MANTECA. -O con Gordo escondido. Que nos espía.

RUSO. -Nos ve actuar.

MANTECA. -Nos deja hacer.

*(Se oye que se abre otra puerta del lugar y que se cierra).*

RUSO. -Viene alguien.

MANTECA. -¡Hacete el pollo!

RUSO. -¿Cómo?

MANTECA. –¡Hacete el pollo!

*(Manteca se coloca en posición de pollo embalsamado y el Ruso lo imita, quedan como petrificados. Breve pausa. Entra el Gordo, un viejo actor de provincia alucinado, con una bolsa de maíz y comienza a darles de comer a los pollos y a los mismos actores).*

GORDO. –Muchachos... amigos del teatro... les he rogado que nos reuniéramos en el Bar de siempre, el de los lobos esteparios, para hablar de mí... Raro ¿no...? Estaremos en un Bar y sin hablar de teatro... Y ustedes vendrán, entre actores y amigos, al Café y Bar que es como el umbral del inconsciente del teatro... Y además, mis amigos, para completar la teatralidad de este momento: “Mañana cumpliré cincuenta años”.

*(Los jóvenes actores se conmueven con el monólogo del viejo maestro al que admiran y por el que han venido con el deseo de actuar junto a él).*

MANTECA. –“Mañana cumpliré cincuenta años. La muerte me desgasta, incesante.”

RUSO. –Todo esto decía Borges para ser más exactos.

*(El Gordo queda azorado, como si fuesen voces del más allá, del recuerdo).*

GORDO. –¿Quién habló?

LOS DOS. –Nosotros.

GORDO. –¿Quién?

LOS DOS. –Los pollos.

GORDO. –¿Los pollos?

RUSO. –Pollo Ruso...

MANTECA. –... y pollo Manteca.

GORDO. *(Descubriendo a Manteca)*. –¡Yiyo!

MANTECA. –No, no, Manteca.

GORDO. *(Descubriendo a Ruso)*. –¡Fica!

RUSO. –No, no, Ruso. Ruso y Manteca.

*(Ambos abandonan la posición de pollos embalsamados y se señalan mutuamente como para reparar el equívoco).*

GORDO. *(Emocionado)*. –¡Ah, pollos de mi criadero dramático! *(Retomando la preocupación del monólogo)*. ¿Y escucharon algo de lo que dije?

*(Los jóvenes actores se miran desconcertados pero, rápidamente, deciden seguirle el juego)*.

MANTECA. –Casi todo. Llegamos juntos. Ansiosos por entregarnos con usted a un Shakespeare o a un Beckett como amagamos tantas veces en la Escuela Provincial de Teatro.

RUSO. –Algo concretito. Hamlet, Godot o lo que Usted mande montar.

GORDO. *(Ajeno)*. –¿Y no les parece terrible?

*(Ellos vuelven a desconcertarse)*.

MANTECA. –¿Qué cosa?

GORDO. –Lo que dije.

RUSO. –¿Qué dijo?

MANTECA. –¿Qué dijo?

GORDO. –Insinuó una confesión, un final.

*(Ruso y Manteca se miran con suma complicidad y parecen atreverse a todo)*.

MANTECA. –Usted siempre habla de esas cosas.

RUSO. –¡Siempre habla!

GORDO. *(Rotundo)*. ¡–Siempre no!

MANTECA. *(Tanteándolo)*. –¿Iba a decir que está cerca de la muerte?

RUSO. –¡Claro! Que se muere.

GORDO. *(Sintiéndose comprendido)*. –¡Exacto!

*(El Gordo vuelve a alimentar a los pollos y los va nombrando)*.

GORDO. –Antonín... Bertold... Don Armando... Willy... Samuel... Antón...

MANTECA. *(Tocando una mesa)*. –¿Qué es esto Gordo?

GORDO. –La Casa de los Cuervos.

MANTECA. *(Molesto)*. –Sí, sí, eso ya lo sabemos. Fue noticia. Vendo todo, decía usted, para comprarme la Casa de los Cuervos y contar mis historias provinciales en el lugar más distante y emblemático de mi dramaturgia. “Titán

dramático” era el título del reportaje del Diario “La Región”. (*Volviendo a tocar la mesa*). Pero yo digo ¡esto!

GORDO. –El café de Lobos.

MANTECA. –¿El Café de Lobos?

GORDO. –El ámbito propicio para contar mi última historia junto a ustedes. El Café de lobos esteparios se llamará el espectáculo.

RUSO. –Perdón... ¿Y por qué hay pollos?

GORDO. –Los lobos somos nosotros, los pollos del criadero.

MANTECA. –¿Qué criadero?

GORDO. –Primero puse un Criadero para mantener el teatro. Pero venía poco público porque esto está lejos de todo. Entonces empecé a hacer funciones para los pollos.... ¡Los grandes monólogos universales!

RUSO. –¿Y cómo le fue?

GORDO. –Bien. Me miraban los pollos, se conmovían. Gustan del teatro.

MANTECA. –¡Qué hermoso!

RUSO. –¿Y por qué están tan duros?

GORDO. –Se me fueron muriendo y los embalsamé ¿No les parece una linda idea? Para no estar tan solo.

RUSO. –Perdón... ¿Y por qué están tan duros?

MANTECA. –La obra que estaba y está pergeñando: Café de lobos esteparios.

GORDO. –No, no, no sólo eso. Fracásó el teatro, fracasó el Criadero y puse un Bar. (*Musita con vergüenza*). Tipo café concert.

LOS DOS. –¿Cómo?

GORDO. –Tipo café concert.

LOS DOS. –¿Tipo café concert?

GORDO. –Sí.

MANTECA. –¿Y fracasó?

GORDO. –Y fracasé.

RUSO. – ¿Y el alimento balanceado?

GORDO. –Para mantener el rito... Como en el teatro.

MANTECA. –Digno.

RUSO. –Muy digno.

GORDO. (*Volviendo a angustiarse*). –¿Ustedes creen que no tengo ningún conflicto?

MANTECA. –No, no, Gordo, le creemos.

GORDO. –Estoy hablando de mi crisis de los 50 años.

RUSO. –¡Claro! De su crisis.

GORDO. –La idea es esa. Contar mi crisis. Un hombre solitario entre pollos enhiestos se yergue en medio de la noche campestre con versos isabelinos que invocan a sus actores de provincia y, una vez que se reencuentran, juntos buscan la trama como se busca el oro o el petróleo o la esmeralda.

*(Los jóvenes actores se apartan).*

MANTECA. –Está bastante perdido.

RUSO. –Bastante viejo.

MANTECA. –¿Y con este tipo se podrá montar una obra?

RUSO. –¿Cuánto hace que no estrena?

MANTECA. –Unos cuantos años.

RUSO. –¡Qué macana!

GORDO. –¿Qué les parece la idea?

RUSO. –Linda.

MANTECA. –Muy linda.

RUSO. –Lindísima.

GORDO. –Lástima que entraron.

MANTECA. –¿Por?

GORDO. –Estaba a punto de redondear la idea; el miedo, la enfermedad, la culpa.

Tiempo de pollos, no de lobos.

MANTECA. –¿Y por qué no lo hace?

GORDO. –Porque ya no estoy solo.

MANTECA. –¿Quiere que nos vayamos?

RUSO. –Nos vamos.

GORDO. –No, no, ya hubo diálogo. Antes fue discurso ciego, confuso monólogo.

MANTECA. –¡Pero si estaba dirigido a gente como nosotros...! ¡Muchachos!

¡Amigos del teatro!

GORDO. –Pero ustedes no lo sabían.

RUSO. –Entonces borre todo.

GORDO. –¡Imposible! Cuando uno tiene una imagen no puede borrarla.

RUSO. –¿Tiene una imagen?

GORDO. –Sí, tengo.

MANTECA. –¡Ah! Esto se torna interesante.

GORDO. –La imagen es un tipo buscando la calavera de Hamlet en su copa de vino.

MANTECA. –¡Buenísima!

RUSO. –Es hermosa, Gordo. Escríbala. La gente se vuelve loca con los clásicos embadurnados por el mundo contemporáneo.

MANTECA. –Hamlet, la copa de vino... ¡Redondita!

RUSO. –¡Ahora sí que tiro a la mierda la Escuela de Teatro! ¡Si está la imagen, la obra es pan comido!

MANTECA. –¡Basta de yirar por talleres, cursos y seminarios!

GORDO. –La imagen no se escribe. La imagen es para escribir.

*(El Gordo se distancia de ellos. Se pierde entre los ropajes).*

RUSO. – ¡Estamos como cuando vinimos de España!

MANTECA. –¡Seguíle el juego!

RUSO. –Por un momento pensé que íbamos a arrancar con algo. Me gustó lo de la calavera en el vino.

MANTECA. –Ya lo vamos a encarrilar con algo, así que haceme caso: ¡Seguíle el juego!

RUSO. –¿Qué juego?

MANTECA. *(Lo hace callar al Ruso y le habla al Gordo casi a los gritos).* –Déjese de joder, Gordo. Afuera hay una noche bien ventosa. Noche de verano bien criollo. Una de esas noches que sólo puede imaginar un sonidista europeo, alguien que jamás puso los pies en este sudamericano territorio... ¡Dele para el lado del conflicto...! La imagen ¡Sábana y a correr...! Mierda, me tiene a mí que ya estoy maduro para un antagonista y lo tiene al Ruso que es una magnífica máquina de hacer boludeces... ¡Y se tiene a usted que está cada vez más Stéfano!

GORDO. –No alcanza.

MANTECA. –¿Cómo que no alcanza?

GORDO. –Estamos todos en la misma rama.

RUSO. –¿Y eso qué tiene que ver?

GORDO. –Dicen que para que haya obra de teatro tiene que haber personajes de variados tonos y de distinta laya.

MANTECA. –¡Esas son boludeces! Usted hizo temblar las plateas pintando su aldea con historias costumbristas.

GORDO. –Es que se acabaron las historias, muchachos. ¡Sólo esa puta imagen y lo demás es silencio!



RUSO. (*Cómplice con Manteca*). –¡Don Gordo...! “No estamos hablando de nada que no hayamos hablado antes”

GORDO. –¿Qué es eso tan remoto?

RUSO. –Su otra obra. En la que hablando de los actores de provincia decía un montón de cosas.

GORDO. –Perdónenme, muchachos, pero yo también estoy seco como los pollos.

MANTECA. –¡Los pollos están fenómenos!

RUSO. –¡Una pinturita los pollos!

GORDO. –Pobrecitos. Una eterna platea mis pollitos. Ni una pobre historia para ellos. ¡Puros balbucesos!

*(Ruso toca un pollo y se queda con una pluma).*

MANTECA. –¿Qué hiciste? ¡Lo rompiste!

GORDO. –Perdí la fuerza de aquellas tramas de los ochenta.

RUSO. –Sin querer.

*(Pone la pluma en el pollo como puede).*

MANTECA. –Ahora lo maquillaste.

GORDO. –Aquel hermoso barco del teatro se fue a pique y ustedes son mis últimos naufragos.

RUSO. –Sin querer.

*(Manteca saca un papel y un par de anteojos para leer).*

MANTECA. –En la década del ochenta Usted habló de la emoción en su ensayo sobre el teatro de provincia y dijo esto: “El arma del actor provincial es la emoción, con ella se viste, se maquilla y actúa”.

GORDO. (*Al verlo con los anteojos*). –¡Memo! ¡Héroe de la pampa piamontesa!

*(Ruso y Manteca quedan alelados, sin comprender su reacción).*

RUSO. –¿Quién es Memo, Manteca?

MANTECA. –Sigamos su desarrollo cerebral.

GORDO. –¡Sólo yo sé lo que vale este encuentro con mi viejo partenaire!

RUSO. –¿Partenaire?

MANTECA. –Actor de relevancia, antagonista.

GORDO. –¿Por qué tanto tiempo separados?

RUSO. –¡Pero está igualito el Memo! ¡Parece un pibe!

MANTECA. –Me mantengo.

GORDO. –¿Por qué tu histórico mutis por el foro?

MANTECA. –No sé, Gordo. Llegué hace menos de una hora. Vine en taxi desde la Estación de Colectivos. Seguro que los muchachos me están necesitando.

Seguro que tienen un personaje como para mí.

RUSO. –¿Cómo “como para mí”? Los personajes del Gordo están hechos a medida.

GORDO. –¡Se llamará Memo!

RUSO. –¿Ves? Se llama Memo y usa anteojos.

GORDO. –El único que supo hacer de su miopía una máscara dramática.

MANTECA. –Hace veinte años que nadie me llama así.

RUSO. –¿Cómo que no? ¿Y por qué? *(Por lo bajo a Manteca)*. Inventá un argumento.

MANTECA. –No te olvidés que me mudé de ciudad y los sobrenombres no se mudan.

GORDO. –¿Y volviste por nosotros?

MANTECA. –Por ustedes y por amor.

RUSO. –¿Por amor?

MANTECA. –Me volví por amor. Eso que la gran ciudad no me dio. Una mujer que tuviera ganas de amarme.

RUSO. –¿Y la encontraste?

MANTECA. –Enfrente de la casa de mis viejos. En la misma vereda que había dejado hace veinte años.

RUSO. –No entiendo.

MANTECA. –Vine a ver a mis viejos, encontré la muchacha y corrí a trabajar con ustedes.

RUSO. –¿En una hora?

MANTECA. –En una hora.

RUSO. –¡El mundo es un pañuelo!

GORDO. –No.

RUSO. –¿No es un pañuelo?

GORDO. –Lo del pañuelo ya lo dijimos en otra obra.

RUSO. –¡Qué lástima!

GORDO. –¿Por?

RUSO. –Porque esta vez venía como anillo al dedo.

GORDO. –Lo del anillo también lo dijimos.

MANTECA. –¡No hay caso! En su trilogía sobre La llanura estremecida está todo.  
Es la Divina Comedia del teatro de provincia.

RUSO. –Pero nos queda una última coartada... Recurramos a “Lágrimas y sonrisas”,  
ahí hay retruécanos inolvidables.

GORDO. –No. “Lágrimas y sonrisas” está censurada.

RUSO. –¡No me diga! ¿La dictadura?

GORDO. –No. Cuestión de pudor.

RUSO. –¡Ah! ¿La liga de Madres?

GORDO. –No. Pudor de padre.

RUSO. –¿Los curas?

GORDO. –No. Autocensura, m’hijo. Volver a leerse y decirse “¿De dónde sacaste  
tanta grandilocuencia, bastardo?”.

RUSO. –No estamos hablando de nada que no hayamos hablado antes. Perdón. Eso  
también lo dijimos.

GORDO. –Lo dijimos.

MANTECA. –¡Qué lindo, muchachos! En estos años que los perdí de vista han  
hecho todo. Ya pueden dar las hurras y reunirse una vez por año para refrescar  
las anécdotas.

GORDO. –No tan lindo. Lo pasado, pisado. Y lo que viene es una horrenda página  
en blanco.

RUSO. –Gordo... perdóneme pero lo de “pasado pisado” también es de otra obra  
suya.

GORDO. –¿Y? Soy el autor. Si me repito es por obsesión temática.

RUSO. –¿Y si nos repetimos nosotros?

GORDO. –¡Por boludos! *(Recordando)*. ¿Y el Yiyo?

MANTECA. *(Se saca los anteojos y se los pone al Ruso)*. –¡Acá estoy!

GORDO. –Bien. Ya estamos los cuatro. Esta noche leeremos la obra.

RUSO. –¿Hay obra?

GORDO. –Habrá, Memo, habrá. *(Se recluye)*. Un hombre solitario, en medio de la  
noche campestre, invoca a sus actores de provincia para encontrar la trama.

*(Manteca sale y vuelve con una parrilla con brasas y un pollo vivo).*

RUSO. –¿Y eso?

MANTECA. –No vamos a leer con el estómago vacío.

GORDO. *(Quitándole el pollo)*. –¡No! ¡Constantín es el último! Él ha sido mi antagonista en estas horas funestas! Vade retro, ¡insensibles!

MANTECA. –¡Vamos, Gordo! ¡No se ponga en Principito! ¡Si es un pollo como cualquier otro!

GORDO. *(Acariciándolo)*. –No, no es un pollo cualquiera. Es mi vida en el arte y la construcción del personaje entre todas estas plumas. ¡To be or not to be! ¡Esa es la cuestión!

MANTECA. –¡Or not to be! *(Se lo quita)*. Voy a pelarlo. *(Sale con el pollo)*.

GORDO. –¡Manteca!

MANTECA. *(Sintiéndose descubierto)*. –¿Sí?

GORDO. –Manteca. Póngale manteca.

MANTECA. –Ah, sí, sí... *(Sale)*.

RUSO. –Toda historia tiene que tener un muerto, decía Hitchcock.

GORDO. –Tu pasión por el cine sigue intacta, Memo.

RUSO. –La gran ciudad me dio ciclos inolvidables.

GORDO. –En los tiempos en que nosotros llenábamos los teatros el cine era un arte menor. La gente esperaba nuestras historias como al agua en tiempos de sequía.

RUSO. –Sí, la “Época de oro”, la estudiamos en la Escuela. Jueves, viernes, dos el sábado y otra función el domingo.

*(Manteca vuelve con el pollo pelado)*.

MANTECA. –¿Lo deshuesamos?

GORDO. –No, que arda como vivió, íntegro.

RUSO. –Digno, muy digno.

MANTECA. *(Echándolo a la parrilla)*. –Con un poco de chimichurri va a quedar altro que isabelino.

RUSO. –Dignísimo.

GORDO. –¡Manteca!

MANTECA. *(Aterrado)*. –¿Sí?

GORDO. –No te olvides de la manteca.

MANTECA. –No, señor.

GORDO. –Traeré la obra si es que existe.

*(El Gordo desaparece. Manteca asa y Ruso lo mira)*.

RUSO. -¿Manteca?

MANTECA. -Sí, sí, mucha manteca.

RUSO. -Te hablo a vos.

MANTECA. -¿A mí?

RUSO. -¡Sí a vos!

MANTECA. -¿Cómo Yiyo o como Memo?

RUSO. -Como Manteca, boludo. Si el Gordo se fue. Estamos solos.

MANTECA. -¿Y?

RUSO. -¡Eso! ¿Qué hacemos? Me vuelve loco esto de andar inventando trama. Decí que el tipo está bastante loco.

MANTECA. -No, no está loco. No tiene trama y se aprovecha de nosotros.

RUSO. -¿Va construyendo la obra el hijo de perra?

MANTECA. -¡A medida y a pedido!

RUSO. -¿Todo lo actúa?

MANTECA. -Todo.

RUSO. -¿Y nos graba? ¿O nos filma?

MANTECA. -¡Qué sé yo si le importa la obra! La obra es él. Yiyo, Fica, Memo, no existen, están muertos, fueron. Ahora somos sus forros dramáticos.

RUSO. -¡Es un cabrón!

MANTECA. -Mientras se cuente el cuentito, como dice un amigo mío.

RUSO. -¿Pero estamos remando en medio de las tinieblas?

MANTECA. -Por primera vez dejamos la orilla y nos metemos en el mar del teatro.

RUSO. -Eso es cierto pero me siento con los ojos vendados.

MANTECA. -Acordate que a memo le gusta el cine, a Yiyo los antagonistas y a Fica hacer boludeces.

RUSO. -¡Listo el pollo!

MANTECA. -No. Todavía le falta dorarse.

*(Se sienten ruidos y entra el Gordo).*

GORDO. -¡El que coma este pollo conocerá la cuarta pared!

*(Arman la mesa y se sientan a esperar la comida con buen vino).*

GORDO. -¿Por qué no intentamos una historia?

MANTECA. –¡Era hora, no!

RUSO. –A la obra no la encontró?

GORDO. –No, no la encontré. *(Siguiendo su reflexión)*. La temática se resuelve casi sin querer. Uno toma las cosas que le tiende la vida cada dos por tres y se interna en el bosque.

RUSO. *(Poniéndose los anteojos)*. –El bosque es lo más cinematográfico que uno puede imaginar.

GORDO. –Ayer, por ejemplo, conocí a una muchacha que lloraba con las poesías, boxeaba como un hombre e intentaba ser puta.

MANTECA. –¡Síntesis precisa de estos tiempos de mierda!

*(Manteca trae el pollo y lo sirve)*.

MANTECA. –Sigamos a esa muchacha con la boca llena de Constantín Stanislavsky.

RUSO. *(Sacándose los anteojos)*. –¿Le quedó algún teléfono?

GORDO. –¿De quién?

RUSO. –De la que intentaba ser.

GORDO. –Procaz, Fica. Siempre procaz.

RUSO. –¿Por qué procaz?

GORDO. –¡Qué importa esa muchacha! ¡Era sólo un ejemplo! Ahora estamos buscando la metáfora. Aquello que ilumine.

RUSO. –No soy procaz. Lo que pasa es que esa mina va a cometer alguna cagada. ¡Boxea, quiere ser puta y le gusta la poesía! Por algún lado se produce el quilombo.... digo el conflicto.

GORDO. –Creo que ya no estamos para contar la historia de una putita.

RUSO. –En mi pueblo lo que siempre se recuerda son las historias de locos y de putas.

MANTECA. –Comparto lo del Fica. Y si no voy más al teatro es porque me tienen las bolas llenas de metáforas. ¡Que el país, que la vida! ¡Déjense de joder! ¡Cuenten algo que uno ve por la calle!

RUSO. –¡Déle Gordo! ¡Usted siempre supo hacerlo con humor y poesía!

GORDO. –No, no voy a hacerlo. Ya no tengo ni humor ni poesía. Vayan al cine o sáquense un video. Ahí está la puta, el voyeur, el asesino y el policía y el que se los lleva a todos. El teatro es una caja y punto. Como una hoja en blanco. O se planta el poema o se calla.

*(Una luz cenital, muy teatral, se concentra en la mesa).*

MANTECA. –Si seguimos así nos vamos a parecer a cualquier obra de teatro.

GORDO. –Ya no hay lugar para historias como las que se vivían en las viejas películas argentinas. Todo ha cambiado demasiado. Sólo queda lo último: que este verano cumpliré cincuenta años y que ustedes me acompañan como muñecos de aserrín entre pollos enhiestos.

RUSO. –Estamos perdiendo la inconsciencia, por eso no sabemos dónde estamos.

GORDO. –¿Cómo que no? En un bar, en un criadero, en un teatro...

MANTECA. *(Poniéndose los anteojos)*. –Esto el cine te lo resuelve en dos patadas: zoom o travelling y a la otra punta de la ciudad.

RUSO. –Yo creí que la historia estaba armada.

GORDO. –Estaba... estaba... ¿Por qué te dicen Ruso?

RUSO. –Me lo puso Manteca.

GORDO. –¿Por qué te dicen Manteca?

MANTECA. –Me lo puso Ruso.

GORDO. –¿Qué será de Memo?

RUSO. –¿Qué será de Fica?

MANTECA. –¿Qué será de Yiyo?

GORDO. –¿Qué será?

*(Una pausa y aparecen Pozzo y Ofelia; es decir, dos actores vestidos a lo Pozzo y Ofelia).*

POZZO. –¿No saben atender a las visitas?

GORDO. –No hay función.

POZZO. –Sin embargo hay mucho público: dos señores, varios pollos y un espacio vacío de mesas y sillas como para intentar un lleno total.

GORDO. –Los señores son mis dos viejos partenaires y el resto es paisaje del alma.

MANTECA. –Muy bien dicho, Don Gordo.

RUSO. –¡Sencillo pero emotivo!

OFELIA. –¡Qué lástima que no haya función! Nosotros amamos el teatro.

GORDO. *(Observándolos detenidamente)*. –¿Pozzo y Ofelia? Combinación antojadiza. ¿Producto de qué?

POZZO. –Del capricho de un oscuro dramaturgo de provincia.

GORDO. –Los caprichos suelen desembocar en dos grandes cosas: En destellos geniales o en meros caprichos.

POZZO. –El causante no esperó el desenlace.

GORDO. –¿Muerte prematura?

POZZO. –Huída a secas.

GORDO. –¡Qué pena!

POZZO. –O qué cobarde.

OFELIA. –Cobarde no. Alma de artista.

POZZO. –Se avisa por lo menos.

GORDO. –¿Cómo?

POZZO. –No se deja a los actores en medio de un ensayo, en medio de la noche, en medio de un montaje, en medio de la llanura.

OFELIA. –Dijo que necesitaba tiempo.

POZZO. –¡Y se lo tomó...! Pasaron diez años.

GORDO. –¿Diez años?

POZZO. –Desde que nos entregó el libreto.

GORDO. –¿Un libreto donde se conjugan el Pozzo beckettiano y la Ofelia isabelina? Más que interesante.

OFELIA. –Pozzo y Ofelia y un racimo de actores de provincia que tejen la trama que se deshace al instante contra el sonido y la furia de la vida misma. Tal cual reza el programa de mano que dicho autor nos hizo confeccionar antes del estreno postergado.

GORDO. –Perdónenme. No quiero deslindar responsabilidades pero ese tipo estaba por tocar algo

POZZO. –Pero no lo toca.

GORDO. –¿Se frena?

POZZO. –Se espanta.

OFELIA. –Hacia el peor de los silencios, señor mío.

MANTECA. –¿Y ustedes lo buscan para acabar la historia?

POZZO. –Sí, para acabarla.

RUSO. –Todo personaje requiere un desenlace

POZZO. –Sí, un desenlace.

GORDO. –¿Una noble utopía?

POZZO. –¡Una buena paliza!

OFELIA. –El decía que todos estos personajes iban a avanzar por la historia como los ciegos que van tomados de la mano en un cuadro famoso y, en un momento, iban a alcanzar un lugar donde la ficción y la realidad comenzarían a entremezclarse como los vientos.



GORDO. –Era dueño de una imagen fabulosa  
 POZZO. –¡Un pobre desgraciado!  
 GORDO. –¡No diga eso!  
 POZZO. –¡Vaya y siéntese en la Plaza de Recreo para esperarlo durante diez  
 abriles! ¿Pero quién se cree que es? ¿Godot?  
 GORDO. –Se cree Godot y cae en profundos silencios.  
 OFELIA. –¿Usted parece conocerlo?  
 GORDO. –No lo conozco pero lo comprendo.  
 OFELIA. –¡Alma de artista!  
 GORDO. –Gracias, Ofelia.  
 POZZO. *(Rabioso)*. –“Gracias, Ofelia”. Ese tonito lisonjero lo conozco de memoria...  
 ¿De dónde me viene “Señor Gordot”?  
 OFELIA. *(Siguiéndole el juego a Pozzo)*. –¿Te vendrá de un remoto pasado?  
 GORDO. –No entiendo.  
 RUSO. –Yo tampoco.  
 MANTECA. *(A Ruso)*. –Calláte.  
 POZZO. –¿De una plaza perdida en la pampa gringa?  
 OFELIA. –Tibio, tibio.  
 POZZO. –¿Un oscuro dramaturgo rodeado de sus discípulos?  
 OFELIA. –Caliente, caliente.

*(Inesperadamente Pozzo saca un revolver y comienza a apuntarlo al Gordo. Aparece de golpe todo el resentimiento de los actores que han sido engañados hace mucho tiempo y que se han estado haciendo los estúpidos para ver la reacción del Gordo. El Gordo comprende. Manteca y el Ruso no comprenden nada).*

POZZO. –Señores... Esto va a ser un asesinato premeditado.  
 OFELIA. –Acá está el programa, Gordito. ¿Te acordás ahora?  
 RUSO. –Te dije, era el que dirigía.  
 MANTECA. –Qué lástima que con semejante imagen no estrenaron, no.  
 POZZO. –Los pobres actores pueblerinos, en nombre de todos los nobles muchachos del Cuadro Filodramático de la bella y pujante localidad de Recreo, acaban de encontrar a aquel que los dejó durante diez años con el vestuario puesto mientras buscaba una salida a su pelafustana dramaturgia. *(Poniéndole el revólver en el pecho)*.  
 Gordo... Despedite de las artes escénicas porque vas a ser boleta.  
 GORDO. –Insisto... era una imagen fabulosa.

RUSO Y MANTECA. –Sí, sí, fabulosa.

POZZO. –Te voy a matar en plena escena, en este refugio melodramático que te armaste a piacere.

OFELIA. (*Llorosa*). –Matálo, Coco, aunque me duela. Este hombre nos ha hecho más daño que las langostas. Nos dejó como a unos parias. Ni a los perros cimarrones se trata así, Gordo. ¡Fuiste un hijo de fruta!

POZZO. –¡Pero ahora va a pagar todas las cuentas juntas! (*Lo apunta a la cabeza*).

RUSO. (*Estúpido*). –¡Y yo tengo una tía en Paiva!

(*Pozzo hace un disparo al aire que los deja aterrados*).

POZZO. –¿Dónde vive su tía?

RUSO. (*Meándose de miedo*). –En Paiva.

POZZO. –¿Qué Paiva?

RUSO. –Paiva, laguna. Laguna Paiva. Treinta y ocho kilómetros al norte de Santa Fe. Cerquita de Recreo. República Argentina.

POZZO. –¿Algún otro tiene tía en Paiva? (*Manteca niega con la cabeza y el Gordo se mantiene impertérrito mientras se le acerca Pozzo*). ¿Y vos dónde tenés la tía, roñoso?

OFELIA. –Che, no le digás roñoso que de acá se huele esa colonia que tanto nos excitaba en las clases de formación actoral. (*Al Gordo*). ¿Por qué nos dejaste, Gordo? Yo te hubiera dado cualquier cosa por esa colonia; hasta un protagónico a lo Tennessee Williams.

POZZO. –¡Maricarmen! ¡Terminala querés! ¡Y no te pongás sentimental...!  
¡Tennessee Williams las pelotas!

OFELIA. –¡Bueno, che! Fue un lindo recuerdo ¿no...? ¡Ahora matalo si querés!

RUSO. –¿Lo va a matar?

MANTECA. –Parece.

POZZO. –Pero mirá que te viniste lejos ¿eh...? Como para que no te encuentre ni uno solo de los que conformaban tu sufrido público... Huiste lindo ¡violador de cuadros filodramáticos!

GORDO. –Un poco de respeto, Ramírez... Fui tu maestro.

POZZO. –¡Ah! ¿Ahora te acordás de quién soy?

OFELIA. –¡Le bajó la gota! Como se decía a sí mismo cada vez que peludeaba con el nombre de un autor. ¡Me bajó la gota, me bajó la gota! Decía...

MANTECA. –Sí, sí, ¿qué gota señorita Ofelia?

RUSO. –¿Qué gota?

OFELIA. (*Estúpida*). –La del cerebro, creo.

POZZO. –Fuiste demasiado lejos, Gordo. Tocaste textos clásicos, traicionaste dramaturgos, probaste lenguajes. Y un día las cosas se complican. Son tiempos difíciles, Gordito. Ya nadie anda por la escena con tanta libertad... Bueno, así como la ficción se mete en la realidad, la realidad se termina metiendo en la ficción... Y el teatro, aunque lo parezca, no está al costado del mundo.

GORDO. –Estás exagerando.

POZZO. –Exagerando ¡las pelotas!

MANTECA. –¿Pero ustedes son personajes de teatro?

RUSO. –¡Claro! Usted es Pozzo y ella es Ofelia.

POZZO. –Qué complicado ¿no? ¿Cómo se hace para reclamarle a Beckett y a Shakespeare que detengan un asesinato premeditado?

GORDO. (*Rápido*). –Como lo hicimos siempre. Torciendo la trama.

POZZO. –Pero vos ya no nos escribís, Gordito. Y mi parlamento dice que te mato por ingrato.

OFELIA. –Coco... por lo que más quieras... una mísera pausa... una mísera pausa como él nos pidió tantas veces cuando nos llevábamos por delante con los diálogos... Una pausa para la reflexión... Está bien, ahora sabe que nos hizo una perrada, y nos sacamos el gusto de pegarle un buen susto... pero en nombre de los muchachos de nuestro querido cuadro filodramático te pido que bajés el arma y le des un abrazo.

POZZO. –¡Yo no lo abrazo nada! ¡A mí no me tiembla ni el pulso ni la memoria emotiva de la que tanto nos hablaba! Vine a matarlo y lo mato. (*Le apunta*).

OFELIA. (*Sacando otro revólver*). ¡–Y yo también me mato! (*Se apunta*).

RUSO. (*Se pone los anteojos*). –¡No, no lo hagan!

POZZO. –¿Por qué no?

RUSO. –Porque nosotros con dos cadáveres no sabríamos qué hacer. ¡El cine sí! La cámara comienza a alejarse y quedan dos pequeñas cruces en medio de la nada.

MANTECA. (*Histérico*). –¡Vos dejate de joder con el cine! Demasiados problemas tenemos con esta situación dramática como para andar pensando en otros lenguajes. (*Ofelia tira el arma*). ¿Pero qué hace señorita?

OFELIA. –¡Me cansé! Acá no hay acción. Ni un empujón, ni una fuga, ni una nada. ¡Pura cháchara! (*Señalando a Pozzo*). Este estúpido con la idea fija y ustedes como si estuvieran esperando el colectivo. (*Lírica*). Me imaginé otra cosa. Una lucha despiadada. Algo.

POZZO. *(Desconcertado)*. –¿Entonces lo mato?

RUSO. –En Devoto una vez se metió un perro y tuvimos que hacer todo un sainete con el perro...

MANTECA. –¡Calláte, Fica!

RUSO. –...en primer plano.

POZZO. –¿Lo mato, Maricarmen?

OFELIA. –¡Ya sos grande, Ramírez!

POZZO. –¿Lo mato?

*(El gordo se enfurece y cachetea a Ramírez como a un tonto mientras le habla).*

GORDO. –Bueno, sí, matame, imbécil... Así salí en los Diarios... No en Espectáculos pero por lo menos en Policiales... “¡Mal actor de provincia mata a un autor al que se la tenían jurada más de cuatro filas de butacas!” Y si querés saber toda la verdad, a Ofelia, a Ofelita, me la trincaba en el camarín del Social y Deportivo mientras vos renegabas con tu Beckett.... Soy tu Hamlet, le decía yo. Soy tu Príncipe alucinado y me la trincaba...

OFELIA. –¡¡¡Gordo!!!!

GORDO. –La idea era buena pero no me dio el cuero. Se me quedaron los papeles en el inicio del segundo acto. *(Gracioso)*. ¡Igual que con Maricarmen!

OFELIA. –¡Che, Gordo! ¡Vos a mí no me trincaste!

GORDO. –Es un decir.

OFELIA. –Si pero yo soy jerarquizada en la comuna... No podés andar diciendo eso.

GORDO. –Perdoname. Me dejé llevar por la metáfora.

OFELIA. –¡Qué metáfora ni que ocho cuarto! Vos estás blasfemando... diría el R.P. Balbaño.

GORDO. –Me refiero a la pasión con que ensayábamos... ¿Se entiende?

OFELIA. –Sí, sí... pero “aclaremos dijo Lemos”.

*(Pozzo se echa a llorar como un chico. Lo miran).*

POZZO. –¡Diez años alimentando la ilusión! ¡Diez años!

RUSO. –Sí, es mucho tiempo.

MANTECA. –Callate.

POZZO. –Te perdono pero ¡te pegaría un tiro en las bolas por pelotudo!

RUSO. –Es cierto. Da bronca ¿no?

MANTECA. –Mutis por el foro.

RUSO. –¿Qué foro?

MANTECA. –Que te callés.

GORDO. *(Como si nada)*. –Che... ¿quédense...? Echamos otro pollito y cocinamos una idea dramática entre los...

RUSO. –¡Los seis!

MANTECA. –¡Los cinco, boludo! ¿Dónde ves seis?

GORDO. –Coco Ramirez, Maricarmen Lofeudo, Ruso, Manteca y el que suscribe.

OFELIA. –¡Cinco, chiquito! Como en “Soledad para cuatro”.

RUSO. –¿Cómo en “Soledad para cuatro”?

OFELIA. –Cuatro actores y la bendita dirección del Gordo. ¡El único espectáculo que llegó a la meta! ¡Y a Dios gracias que la hicimos!

MANTECA. –¿Salió bien?

OFELIA. –¡Preciosa!

GORDO. –Parece mentira. He estado solo con mis pollitos todo este tiempo y , de repente, en un mismo día llegan estos muchachos envalentonados y ahora ustedes saliendo del pasado.

OFELIA. –¡Ay, que bruta! Yo ni me presenté... *(A Manteca y Ruso)*. Soy Maricarmen Lofeudo. *(Les tiende la mano)*. “La promesa escénica de Recreo” según Reynoso Aldao ¡que vino a la función de estreno! *(Recordando)*. ¡Unos nervios!

POZZO. *(Dando la mano)*. –Coco Ramírez... El cónyuge de la promesa y un firme defensor del grotesco argentino.

OFELIA. *(Entre rencorosa y graciosa)*. –Grotesco es el que hicimos nosotros.

GORDO. *(Paternal)*. –Cosas de la metié, Marucha.

OFELIA. –¡De la metié de pata!

GORDO. –Ruso y Manteca son dos amigos que han venido a sacarme del ostracismo. Si no me equivoco andan con ganas de meterse en personaje.

MANTECA. –No se equivoca, Don Gordo. Somos materia dispuesta. Y nos gusta lo suyo, desde siempre. *(A los otros)*. ¡Manteca Manaselo, para servirles!

RUSO. *(A los otros)*. –Y yo soy el Ruso Craig. Como Manteca ¡un loco por la dramática del Gordo!

GORDO. –¡Y yo soy al que todos ustedes andaban buscando! *(Muy seguro)*. Algo me dice que de este encuentro fortuito va a salir algo inolvidable.

*(El pollo se va asando. Todos se instalan en la mesa con mucha jarana y brindan y beben).*

POZZO. –Perdoname, Gordo. Me porté como un desaforado. Yo no soy violento pero, con tantos años, se me empezó a juntar un poquito de calentura...  
 Mirábamos el colectivo de la Empresa Recreo y decíamos: “Ahí baja...” Así durante meses... Eso me puso mal... La espera... Qué ironía ¿no? Como en Godot.  
 MANTECA. (*Simpático*). –Sí... esperaste como en Godot y quisiste matar a papá como en Hamlet... ¡Un verdadero clásico embadurnado de contemporáneo!  
 OFELIA. –Sufrió mucho el pobre. Es un actor de carácter.  
 GORDO. –Ramírez... en el teatro y en la vida todos tenemos nuestro pasaje de bravura. Usted acaba de consumarlo. Y no lo hizo, Ramírez, no lo hizo mal. Con fina ironía beckettiana.  
 MANTECA. –Página 38 de su libro de ensayo del teatro de provincia: “Todo personaje, por más insignificante que sea, merece su instante de gloria”  
 RUSO. –Che, me parece que esto va un poco lerdo.

(*Sirven el pollo y comen*).

POZZO. –Gordo... Si no querés que desparrame otros balazos, decime que tenés un proyecto para todos con temporada y gira.  
 RUSO. –¿Le meto más brasa?  
 OFELIA. –Esta vez no hay trabas, Gordo. Si hay que emigrar de Recreo, emigramos.  
 GORDO. –Como decía Juan L.: el momento más difícil de mi vida fue cuando me fui de Villaguay a Gualaguay. ¡Treinta kilómetros! ¿Se dan cuenta? 30 kilómetros para ser lo más trascendente del poeta. Ustedes harán otros 30 kilómetros para recuperar la antigua fiebre.  
 MANTECA. –Y nosotros los kilómetros y los horarios que sean. Si algo queremos es hacer teatro a su manera.  
 RUSO. –Si hay que firmar, firmamos.  
 GORDO. –Yo siempre digo que para hacer algo hay que tener a alguien. Un par de actores tira más que un millar de ideas dispersas.  
 RUSO. –¡¡¡Se le quemaron las plumas!!!  
 MANTECA. –¡Lo del Café de Lobos es muy lindo! Tiene hondura, poesía.  
 POZZO. –Ah... ¿Seguís con lo del Café de Lobos?  
 GORDO. –Lo comenté como idea. No es esencial. Puede ser otra cosa.  
 RUSO. –Los pollo, Gordo, los pollos.  
 MANTECA. –¿Qué pasa con los pollos?

RUSO. –No, que es una imagen fuerte.

MANTECA. –Todo puede ser fuerte. La soledad del Gordo, los pollos, el deseo que nos trajo a todos...

OFELIA. –Este chico me está dando un cosquilleo bárbaro... Me hace acordar a cuando vos te sentabas en el escenario y entrabas a asociar libremente como te gustaba decir. ¡Era tan lindo aquello!

GORDO. *(Le toma el rostro)*. –Seguís siendo dulce como un melocotoncito, Marucha.

*(El Gordo se para y camina y se va transformando en el antiguo director seguro de sí mismo. Los otros lo observan con admiración)*.

GORDO. –Ofelia... Ofelia será la protagonista... De paso cañazo, un corte de manga para los que me acusaron de machista... los tres actores de provincia encuentran a esta dulce muchacha al final de un ensayo, ¡cenital sobre ella!

RUSO. –¿Otra vez cenital?

MANTECA. –¡Callate Fica!

RUSO. *(Por lo bajo)*. –Soy Ruso.

MANTECA. –¡Pero tan huevón como el otro!

GORDO. *(En divo molesto)*. –Si los aprendices tienen la gentileza de devolverme el parlamento ¡sigo!

MANTECA. –Perdón, Gordo.

POZZO. –Seguí, seguí que me vuelve el entusiasmo.

OFELIA. –Va de rechupete.

GORDO. *(Rotundo)*. –Los tres se enamoran de ella y ella se enamora de los tres. La situación se torna trágica y, en una ruleta rusa, mueren los tres.

RUSO. –¿Cómo los tres? Si mueren dos, el tercero da las hurras.

MANTECA. *(Policial)*. –Había una bala perdida en la recámara. Al limpiar el arma se vuela los sesos sin querer.

GORDO. –Exacto. Manteca acaba de cerrar el círculo. Podría ser un buen dramaturgo usted. Esto es algo así como una metáfora donde la fuerza de la vida se impone a la pasión del teatro.

OFELIA. *(Erótica)*. –Empecemos entonces. Yo soy el teatro y mi cuerpo la trama por develar. *(Los tres la franelean. Al gordo, tentada)*. Gordo... si viene alguien va a creer que estamos franeleando. ¡Qué gracioso!

*(Los tres la recorren con furia y el Gordo se aterra)*.

GORDO. –¡Paren, che! Esto tiene lo peor de las creaciones colectivas. Es decadente.

MANTECA. – Dejanos esbozar alguna imagen.

RUSO. – Sí... un ratito más.

POZZO. – Sí, sí, que va lindo.

GORDO. –¡Es un bochorno!

OFELIA. –Ve, Gordo, cómo se acrecienta el conflicto. Tres hombres y un solo deseo.

GORDO. –No me tomés al pie de la letra. Uno tira imágenes y luego las borra.

Esto, por ejemplo, es una vieja mariconada.

*(Ofelia deja el juego y lo abraza imprevistamente al Gordo).*

OFELIA. –¿Por qué una mariconada? Un hombre y una mujer, maestro. Algo clásico, universal, cierto.

GORDO. –A mí no me alcanza.

OFELIA. –¡A mí me sobra! *(Lo besa)*.

POZZO. –¡¡¡Che, Maricarmen!!!

OFELIA. *(A Pozzo)*. –Ofelia, querido. Ofelia.

GORDO. *(Entusiasmado)*. –Nunca pensé que así podía ser el final.

OFELIA. *(Después de besarlo de nuevo)*. –¿Acá termina?

GORDO. –¿Por qué no? Entra una hermosa muchacha entre bambalinas, como una ráfaga de aire puro, y se lleva al autor. ¡Lo que siempre quise contar! ¡La comedia perfecta!

*(Pozzo corre hacia el revolver, lo toma y se torna peligroso).*

POZZO. *(Indignado)*. –¡Esto es inaudito! ¡Otro capricho de oscuro dramaturgo...! ¿Y nosotros qué? ¿Pelito pa' la vieja? ¿No íbamos a disputarnos a Ofelia en una ruleta rusa? ¡Qué se cumpla lo dicho!

MANTECA Y RUSO. –¡Qué se cumpla!

POZZO. –¡Que se cumpla o te “cerraño” un tiro!

GORDO. –¿Te das cuenta de que no estás para un protagonista? “Te cerraño” ¡es muy ordinario, coco!

POZZO. –¡Da lo mismo!

RUSO. –¡No! No da lo mismo.

MANTECA. –Callate.

GORDO. –¡Tormenta!



OFELIA. –¿Y eso?

GORDO. –¡A ver si la naturaleza los pone en vereda!

*(Efectos de viento y nieve).*

POZZO. –Hágase el viento, dijo el Gordo, y se hizo el viento.

MANTECA. –¡Caiga la nieve como una bendición maldita, y comenzó a caer!

RUSO. –Che, muchachos... ¿De dónde sale todo esto?

MANTECA. –De la obra que está pergeñando desde hace mucho tiempo.

POZZO. – Este tipo es imaginativo. Mirá cómo nos manda viento y nieve. ¡A baldazos!

MANTECA. –Es imaginativo... ¡lástima que un poco ciclotímico!

RUSO. –Ese es el asunto... ¿Va a estar lista la obra?

POZZO. –¿Y cómo termina?

MANTECA. –Con los actores de provincia yéndose en el trineo en busca de la trama.

RUSO. –¡Pero no tenemos los clásicos perros que tiran del trineo!

MANTECA. –¡Y bueno! ¡Va con pollos!

POZZO. –¡Claro! Los pollos arrastran al trineo. Es una imagen muy representativa del teatro regional.

RUSO. –¿Pero esa imagen es el principio o el final?

MANTECA. –No, el final tiene que ser la palabra fin.

RUSO. –Y bueno... ¡Al final hay que probar!

OFELIA. – Gordo... te olvidaste de mí... estábamos enamorados y nos estábamos yendo... La comedia perfecta, dijiste...Yo ya había imaginado que pasábamos la noche en un hotel del puerto... y que nos amábamos como adolescentes o como un padre es capaz de amar a su hija... yo temblaba de ignorancia y vos me abrazabas con tu sabiduría... Éramos los amantes que se olvidan del mundo.

GORDO. –¡Qué voy a olvidarme de vos, nena! ¡Si a mí los amores me alargan la vida! Pero estoy preso de esta manada de lobos esteparios. Los vengo llevando por la nieve del teatro desde hace mucho tiempo y no puedo abandonarlos en medio de la tormenta. Tengo que llegar Ofelia, a alguna parte. Es mi destino autoral.

MANTECA. –Cuidado, muchachos... podemos caer en el melodrama.

POZZO. –¿Y entonces?

MANTECA. –Algo que nos saque de esta cantinela!

RUSO. *(Se pone los lentes).* –Esto es como un barco y está al borde del naufragio.

Veanló como si la cámara estuviera filmando desde la parte más alta del palo mayor. ¡Ha llegado la hora del cine catástrofe! *(Se quita los lentes).*

*(Todos los hombres corren por el trineo imaginario mientras tiran sus textos y Ofelia los mira embelesada).*

GORDO. –Vamos, vamos... que no se moje la trama... tapen todas las hendijas por donde pueda entrar la nieve... suban los vestuarios al trineo... Primero los pollos, después los niños y las mujeres y los ancianos y, por último, los actores de provincia... Y apuren que esto puede en cualquier momento desbarrancarse.

MANTECA. –Gordo... los diálogos se están cayendo por la escollera.

RUSO. –El viento se lleva las acotaciones.

POZZO. –Rescaten las pausas de los camarotes.

GORDO. –Rescaten todo lo que puedan.

RUSO. –¿Y Ofelia?

POZZO. –No está en cubierta. No está en ninguna parte, capitán.

GORDO. –No, Ofelia, no. Que se hunda todo menos Ofelia.

MANTECA. –Busquen a Ofelia. El capitán dice que la busquen.

TODOS. –Ofelia... Ofelia...

GORDO. –Ya es tarde, la he perdido. Mi Ofelia era el final y no supe encontrarlo.

POZZO. –Capitán... nuestro trineo comienza a dar la vuelta de campana.

MANTECA. –Se aproxima el naufragio, capitán.

GORDO. –¡Sálvese quién pueda! *(Va cesando la tormenta y queda lejana)*. Cuando el agua lo cubra todo, seré el último en saltar, si es que me quedan fuerzas... Todo se irá al fondo del abismo: la casa de los cuervos, el criadero de pollos, el café de lobos, el teatro, el campo, las historias, los ropajes y mis actores de provincia... Pero tal vez entre pinos y alerces extraños, en el borroso fondo del abismo, encuentre a mi Ofelia y seré el Hamlet que no cesa de preguntarse que es ficción y qué es realidad.

OFELIA. *(Cruda, chacarera)*. –Perdón, Gordo.

GORDO. –Sí, querida.

OFELIA. –Lo del fondo del abismo no va a poder ser. Estoy casada. Dos chicos...

GORDO. –¿Y con quién se ha casado nuestra Ofelia?

OFELIA. –Con Coco... Con Pozzo... Soy la señora de Ramírez.

GORDO. –Mejor, hija, mejor. Contamos el amor de Pozzo y Ofelia en un pueblo de la pampa gringa. Una historia redonda, inimaginable.

POZZO. –Sí, sí, pero ¿qué contamos?

RUSO. –¡Claro! ¿Qué contamos?

MANTECA. –¿Una historia de amor?

GORDO. –¿Y a ustedes les parece poco en estos tiempos?

*(Manteca se pone los lentes y camina de espaldas hasta el proscenio haciendo el gesto de filmar, cámara en mano).*

MANTECA. –Mientras la cámara se aleja del naufragio... Sobre el cielo la palabra  
Fin.

*(Apagón final).*

**FIN**